

# LOS PIRATAS Y LA COSTA BRAVA

Por EDUARDO RODEJA

En Figueras existe una hornacina con la imagen de una Virgen con el Niño Jesús en brazos. Se trata de una imagen curiosa, que lleva esculpida en su base la fecha de 1555. Actualmente restaurada, seguramente fue obra de algún escultor local, con más buena voluntad que arte, pero que representa el sentir de toda una época. Es conocida esta imagen por «La Verge del Portal» y fue colocada por los figuerenses en el interior del portal de la calle de Gerona que daba entrada a la población por su lado de Mediodía.

Era la puerta orientada hacia el mar, y allí estaba puesta la imagen con la idea de implorar la divina protección de la Virgen, en el caso de que un desembarco de piratas en la costa produjera alguna incursión de éstos tierras adentro, cosa que si bien no ocurrió en estos lugares, no dejó de producirse en otros. Es el único testimonio que se conserva en Figueras que nos recuerde unos tiempos en que todas las miradas estaban puestas hacia el mar siempre con la misma angustia.

Todo el mundo sabía, particularmente en las poblaciones cercanas al mar, que el salir de los recintos amurallados y dejar el amparo de las fortificaciones, podía representar el no volver jamás, si se tenía la desgracia de caer en manos de aquellas gentes que muy frecuentemente andaban en busca de su presa. Las hazañas de robos y saqueos a todo lo largo de las costas, producidas por naves piratas, tienen su origen en los más remotos tiempos; los hubo en todas las épocas y han ido sucediéndose con más o menos intensidad, con períodos alternados de apogeo y decadencia, hasta que muy cerca de nuestros días, al aparecer las máquinas de vapor y el telégrafo, la velocidad de acciones y transmisiones hizo imposibles sus actividades delictivas.

Su existencia seguía paralela a la importancia del comercio marítimo, y allí donde había barcos que transportaban mercancías de valor, había ladrones que pretendían robarlas, apropiarse de sus naves y hacer objeto de un comercio de esclavos tanto a sus tripulantes como a las gentes que encontraban desprevenidas en lugares poco



La «Verge del Portal».

habitados de la costa y a veces hasta en las mismas poblaciones. Hubo épocas en que los desaparecidos que sufrían cautiverio se elevaban a varios miles, por lo que eran muchas las familias que tenían algún familiar cautivo. Estos eran llevados a las costas africanas de Argel o Túnez, principalmente, y eran encerrados y observados con gran cuidado con el fin de averiguar los que pertenecían a familias ricas o a familias pobres. Si el cautivo pertenecía a las primeras se le fijaba un valor en relación a las fortunas averiguadas y por medio de sus enlaces, que los había muy bien organizados, se procuraba negociar con sus familias y sacarles un buen rescate. Si se trataba de pobres, se les mandaba al mercado para proceder a su venta de la misma manera que si se tratara de un animal de trabajo. Se les reconocía su estado de salud, su dentadura y su fuerza, se les fijaba un precio mínimo y se les llevaba a la subasta donde caían generalmente en manos de contratistas de grandes obras o de comerciantes que los dedicaban a otros menesteres. En el peor de los casos, eran mandados a las galeras, nuevas naves piratas, de las que muy pocos eran los que salían con vida.

Atados con cadenas en los bancos, se les encargaba el manejo de un remo muy pesado y en aquella posición se pasaban largos días, a veces meses, alimentados solamente de pan y agua mezclada con vinagre y unas gotas de aceite. Atados en dos filas con los pies apoyados en los bancos de enfrente, desarrollaban un trabajo agotador bajo la vigilancia de unos marineros que eran unos verdugos sin corazón, que descargaban la fuerza de sus látigos sobre sus espaldas desnudas, y cuando alguno desfallecía agotado, si no se recuperaba era tirado al mar sin piedad. Las mujeres que tenían la desgracia de caer cautivas eran llevadas a los harenes, si eran jóvenes, y dedicadas al servicio doméstico si eran viejas.

Con estos programas, era natural que las gentes de los pueblos costeros tuvieran un gran pánico a las incursiones de los piratas, que no se movieran del interior de las poblaciones y que tomaran las máximas precauciones.

Los innumerables hechos ocurridos en nuestras costas a través casi de los veinte siglos que duró esta gran plaga de la humanidad, las historias y anécdotas originadas por la piratería formarían un grueso volumen y algunas tendrían un gran interés, pero por ser todos ellos actos delictivos, nadie ha tenido empeño en su conservación y casi todas se han perdido en la noche de los tiempos. Sólo algunos relatos de algunos que lograron escapar de su cautiverio y la observación todavía de algunos lugares de nuestra Costa Brava, nos hace pensar en los que fueron los tiempos de aquella gran plaga. Una simple observación de las infinitas calas, cuevas y rincones, hay tan bellos



Siluetas de la torre vigilante como testimonio de los peligros que acechaban desde el mar.

lugares y tan apreciados de toda Europa, nos recuerdan que fueron en otros tiempos lugares de suplicio y apresamiento de gentes destinadas a desaparecer para siempre de sus hogares.

Es curioso observar los emplazamientos de algunos pueblos de nuestra costa dispuestos de tal forma que quedaban completamente ocultos al mar. Así, para evitar los peligros de los piratas, tenemos Llansá, oculto detrás de las estribaciones de la montaña y lo mismo ocurre con Selva de Mar. Otros, como Rosas, quedó emplazado en el interior de su fortaleza, que fue construyéndose con la ayuda de diferentes pueblos de la comarca y hasta algunas veces de pueblos bastante alejados. Para defenderse de los piratas fue construido también en Rosas el Castillo de la Trinidad, situado sobre el faro actual; era un punto estratégico importante para la observación. En su interior dicen que existe una piedra labrada con unas letras que mencionan la visita que hizo a las obras de este castillo el emperador Carlos I. Volado durante la guerra de la Independencia, todos estos recuerdos quedaron ocultos entre las ruinas que todavía hoy están igual que quedaron después de la voladura.

El castillo de la entrada de Rosas, en su principio, guardaba la casi totalidad del pueblo, que resultaba amparado por sus murallas, construido con la ayuda y prestación personal de casi todos los pueblos de la comarca, de los que cada uno estaba encargado de la construcción de un trozo. Dice un documento archivado en Simancas y publicado en el Memorial de Ingenieros Militares, que de la muralla de poniente estaban encargados los de Figueras y del de tramontana los de Cornellá, Besalú y Bañolas.

En todo lo largo de la costa existen un buen número de torres destinadas a la defensa, algunas se llaman Torres de Moros.

Los restos del Monasterio de San Feliu de Guíxols todavía conservan en lo alto de la torre unas aspilleras destinadas a la defensa y en Tossa de Mar las murallas de carácter medioeval nos recuerdan épocas anteriores, pero destinadas a las mismas defensas.

En lo alto del castillo de San Salvador de Verdera había un vigía permanente que por medio de fuegos o de humo debía avosar a todo el llano del Ampurdán si notaba la presencia de naves piratas en el Golfo de Lyon. Esto era muy cómodo mientras el cielo se mantuviese claro, pero si en la montaña aparecía la «anguila» se perdía toda la visibilidad y la circunstancia era aprovechada por los piratas para hacerse a la mar y atacar las poblaciones cercanas.

En tiempos de Francisco I de Francia la presencia de los piratas en nuestras costas aumentó considerablemente, debido a que éste les daba asilo y protección con el fin de que le dejaran tran-



Ramón Reig recoge en esta acuarela los encantos de la «villa vella» de Tossa de Mar.

quilo a él e inquietaran a sus enemigos que, por aquellos tiempos, lo éramos los españoles.

Existe la descripción de un ataque de los piratas a Rosas el día 5 de noviembre de 1543. Empieza con un aviso procedente de San Pedro de Roda, que da cuenta de la presencia de una armada que se divisa desde aquel Monasterio; circulan órdenes a Figueras y a Gerona en demanda de auxilio. En aquellos momentos se presenta una niebla muy densa que se extiende por todo aquel litoral y esta circunstancia es aprovechada por los piratas para saquear e incendiar Cadaqués sin ser vistos. Desorientados por la falta de noticias, el conde de Peralada y mossén Vilaritg quedaron encargados de recoger toda la gente que llegara y organizar la defensa de Rosas. Al mediodía siguiente asomó por la punta que ahora se llama del Faro, una galeota de reconocimiento con bandera turca y perteneciente a la armada de Barbarroja, que principió el ataque con unos disparos. Tras de ella aparecieron 19 galeras más y 3 galeotas. Eran el conjunto de unidades avistadas desde San Pedro de Roda y muy importante por el número de gente que traían. Mientras las galeotas disparaban, los turcos desembarcaban, lanzando tal cantidad de flechas que parecían moscas en el espacio. El pánico que se produjo fue muy grande, la gente no obedecía a las voces de mando y la desbandada fue completa.

Muchos de los que huían encontraron por el camino una bandera de Figueras compuesta por unos 200 hombres que se dirigían a Rosas para ayudarles en su defensa. Estos lograron reanimarles y organizarles nuevamente en su defensa, que al principio se presentaba favorable, hasta que, por causas desconocidas y después de haber dado muerte a algunos de los piratas, el pánico cundió nuevamente y la desbandada fue general, desapareciendo, seguramente cautivos, un buen número de nuestros hombres, y el resto( que logró pasar por el Estrecho del Estany, único lugar de comunicación entre Rosas y Castelló a través de las marismas, entonces mucho más importantes que ahora, se concentró allí.

La armada turca, después de haber saqueado Rosas, continuó su marcha hacia el Sur, pasando por las Medas, doblando el Cabo Bagur y desembarcando en Palamós, que incendiaron y destruyeron por completo.

Aquellos piratas que habían empezado siendo unos simples atracadores de las costas, habían logrado en el siglo XVI organizar grandes armadas constituyendo unas fuerzas temibles contra los estados.

Los cautivos de los piratas constituyeron durante largos años una plaga muy difícil de destruir, siendo los problemas que originaban motivos de gran preocupación por los reyes y emperadores. Entre los cautivos importantes a través de distintas épocas hay que recordar a Julio César, a Cervantes y a otros muchos, que fueron tratados con extremada crudeza.

En 1605 cayó cautivo San Vicente de Paul, que fue llevado al mercado de esclavos y comprado por un alquimista árabe que se dedicaba a la busca de la piedra filosofal, luego fue legado a un sobrino de éste y más tarde logró escapar desembarcando muy cerca de nuestras costas, en Aygues Mortes (Francia).

Después de esto voy a permitirme una consideración final. Lo que va de ayer a hoy. Estas que ayer fueron inhóspitas tierras llenas de peligro, son las tierras conocidas hoy con el simpático nombre de Costa Brava, llena de tantas bellezas y de lugares incomparables por su luz y por su sol, abiertas a un futuro de una gran riqueza. !

